

#3

PA2619
•A5
M4L

ES PROPIEDAD

115709



ACERVO DE LITERATURA



FRANCIS JAMMES



EN los Pirineos Bajos, á la orilla del Gave de Pau, vecina de España, una población francesa, que fué capital del Béarn en el siglo XIII y hogar, siglos después, de la secta calvinista, existe hoy, tranquila en su reposado vivir de pueblo grande. Llámase Orthez. Las guías dicen que es una antigua ciudad, á la entrada de un valle; que tiene 6524 habitantes y comercio de cueros, de jamones, de cal hidráulica, fábricas de conservas alimenticias é hilados de algodón. Lo que las guías no dicen, es que en la vieja ciudad, que oyó las pre-

dicaciones heterodoxas de Teodoro de Beza, escribe sus versos técnicamente heterodoxos y sus prosas extraordinarias, un singularísimo poeta de nuestros días, Francis Jammes.

El retiro campestre, la existencia voluntariamente obscura, la comunión perpétua con la naturaleza inmortal, han dado á su poesía la clara, enorme, sencilla originalidad que le ha hecho famoso. Del campo es la fragancia de sus versos, que no se ajustan á la métrica corriente: no son como bojes recortados por mano de jardinero experto, sino como ramas libres de un arbusto silvestre, armonioso aun en su despeinada profusión de follaje.

Francis Jammes, nacido en Tournay en 1868, fué en su juventud pasante de notario. Publicó sus primeros versos, un folletito: *Six sonnets*, en 1891, y sucesivamente otras composiciones recogidas en cuadernos que reimprimió, en 1898, en el tomo que lleva este título: *De l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir, 1888-1897*. Ya por entonces habíase retirado á Orthez, con su madre viuda, y moraba en la vivienda que supo evocar el malogrado Carlos Guérin en hermosísimos versos. Como son ellos cabal retrato del poeta, y fiel trasunto de los lugares en que vive, quiero copiarlos aquí, solo frag-

mentariamente, trasladados á nuestro idioma:

Poeta, tu mansión á tu faz se parece.
Tiene barba de hiedra, y el cedro que ensombrece
con sus ramas las dos vertientes de tu techo,
como tu corazón es altivo y derecho.
El musgo de las tapias del corral es adorno.
Un solo piso humilde tiene la casa. En torno
del pozo y del laurel, en el jardín, hay grama.
Cuando el grito escuché de tu verja que clama
como pájaro herido, sentí tierna emoción.
A tí se encaminaba, tiempo ha, mi corazón,
y te encontré lo mismo que te había soñado.
Vi á tus perros jugar en el enarenado
suelo, lánguidamente; y hallé bajo el listado
sombrero tuyo, igual á urraca negra y blanca,
el suave acogimiento de tu mirada franca.
Encuadra el campo tu ventana pensativa.
Los cristales abiertos de un armario, la quieta
campiña copian, entre tus libros de poeta...



Juan de Gourmont ha escrito:

«Cuando el simbolismo agotaba todas las fantásticas riquezas verbales, la poesía de Jammes se nos apareció como una muchacha desnuda, en el rocío de una mañana verdadera. Era un refrigerio, como una paseata por entre árboles y hierbas. Una vez más, un poeta descubría la naturaleza, la desnudaba, la contemplaba, la poseía, como á una mujer viva, de cuya sonrisa y de cuyo perfume se hubiera enamorado.» Una muchacha desnuda: he aquí el símbolo perfecto de esta poesía, impregnada de

naturaleza, ingénuamente, alejada todo lo posible de la *litteratura* que despreciaba Verlaine.

El arte poética verleniana, quizá no ha tenido más fiel cumplidor que Francis Jammes, y no de propósito, sino por temperamento. Este retorcer el pescuezo á la elocuencia, este apoderarse de todo matiz por fugitivo que parezca, este desprecio absoluto de la rima y de la métrica consagrada, juguetes de pacoilla, máscaras de una imaginación vacua y de un corazón enjuto, han sido llevados por Jammes, naturalmente, con toda espontaneidad, á términos inconcebibles. Y de aquí la acusación de inhabilidad técnica ó de punible descuido que se ha formulado contra él. Pero, con todo, ¡qué profundo y maravilloso espíritu de poeta vaciado en moldes libres, apropiadísimos á su inspiración, le han reconocido hasta los más adversos! «Hoy no existe en Francia, indudablemente—afirma Remigio de Gourmont—otro poeta capaz de evocar un cuadro tan claro y verdadero, con palabras tan sencillas, con frases por el estilo de las de una conversación vaga, y que, sin embargo, como por casualidad, formen versos encantadores, puros y definitivos.»

El fondo de la poesía de Jammes es una mezcla de imperturbable pureza y

de insistente sensualidad. La imagen de la muchacha desnuda se completa con el calificativo de *fauno* que se ha aplicado al poeta. El fauno se complace, á cada momento, en descubrir la recatada hermosura, se goza en la contemplación minuciosa y morosa de sus encantos naturales y en el deseo carnal que le inspiran.

Jammes ve la naturaleza como un pintor primitivo: no como una gran armonía de campos verdes y cielos azules, empurpurados, á la veneciana, en el ocaso ó en el orto, con lejanías que van perdiéndose y esfumándose, sino como un conjunto de vidas, bien diferenciadas, en el que cada hombre, cada bestia, cada planta y hasta cada flor y cada hoja, tienen una voz que se oye distinta y clara en la suprema sinfonía total. El mismo ha dado el resumen completo de su visión en una de las breves *Notas*, que son como poemas en prosa, recogidas en su libro *Pensée des Jardins* (1906). Titúlase *Sobre verdaderos Gobelinos*:

«El entrecruzamiento de los astros, las curvas que los unos describen en las órbitas de los otros, las líneas que trazan, la periódica reaparición de cierto planeta amarillo, ó azul, ó turquí, ó violado, ó anaranjado, ó verde, ó rojo —según su composición química— todo

es parte de un telar de sedas complicadas en que se teje el mundo visible. De aquí, la Tierra.

»Tejidos somos nosotros y tejidas las cosas. Formamos parte de las tapicerías del Infinito, que es el palacio de Dios.

»Esta caza de liebres en esta llanura; estos monteros sofocados; esta fontana que refleja helechos; esta rosa en este seto; esta mujer que abre el cañizo de un campo, ¿son algo más que un sabio bordado y una pintura sutil, tejidos con los volantes de la gravitación, los rayos del espectro y las madejas de los cometas?

»Heliotropo humilde, de rostro que se opone al sol y sigue los movimientos de su rueca innumerable! Tan hermano eres del copo de nieve como de la célula cerebral que me ayuda á explicarte en este momento.»

Pero, en ocasiones, agrándase la pincelada, y el paisaje que describe va de lo pequeño á lo inconmensurable en una soberbia gradación, como en esta poesía que á renglón seguido se copia, en traducción nuestra:

El campesino, cuando el sol se pone,
con su rebaño de la feria vuelve
por el sendero. Muchas veces, duros,
los becerrillos en volver se obstinan,
y, para que adelanten, es preciso
tirar con una cuerda de su cuello. |

Mas los becerros, de húmedos y blancos hocicos, muerden la tirante sogá.
De pronto alguna oveja se desmanda
y el perro del pastor, perro amarillo
que parece tallado de madera,
la persigue ladrando y revolviendo
nubes de polvo en el camino. Al borde
del camino hay un seto; la pradera
tras el seto se extiende; la campiña
dilátase después; en sus confines
se escucha el son del Gave; los ribazos
más allá se recuestan, con extensos
cuadros rojizos, verdes y amarillos.
Donde acaba el ribazo, por encima,
pero mucho más lejos, las montañas
encúmbrense; y encima de los picos
el aire ilimitado se prolonga.

Sus libros de poesía muestran una evolución no interrumpida de su espíritu. En *De l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir*, aparecen los recuerdos de infancia; la vida familiar en la provincia callada; los muebles que conservan algo del alma de los que fueron dueños suyos; los campesinos humildes; los huertos colmados de verdura; los opulentos frutales; las bestezuelas del campo; las muchachas de falda corta y pelo suelto; las criollas románticas que quieren con pasión y se mueren jóvenes: todo el repertorio de una poesía que se desprende de ese mundo sencillo, suave, hondamente afectivo, inspirador de Francis Jammes. En *Le Deuil des Pri-*

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ed. 1925 MONTREAL, URUGUAY

mevères (1901) muéstrase lleno de inquietud apasionada, de vacilación juvenil en las elegías; y en las estupendas *Quatorze prières*, con que acaba el libro, llega á las cumbres de una compasión amorosa por todo lo creado, por lo que sufre silenciosa y resignadamente, por los dolores humildes y los desgarramientos brutales, que hace pensar en un moderno Francisco de Asís. *Le Triomphe de la Vie* (1902), que comprende dos poemas: *Jean de Noarrieu* y *Existences*, pone en acción los elementos poéticos dispersos en las colecciones precedentes. El primero, poema que contiene acaso los trozos más hermosos que Jammes ha escrito, le retrata de cuerpo entero: está lleno de naturaleza y de sensualidad. *Existences*, desarrollado en forma dramática, refleja prodigiosamente toda la vida de murmuraciones y de contemplaciones, de ridiculeces y de *cochonneries* de un pueblo pequeño. El lenguaje es de una naturalidad asombrosa, de una desnudez nunca intentada; junto á trozos líricos de gran vuelo, tiene pasajes de un voluntariamente exagerado prosaísmo. No recordamos en arte nada parecido, y sólo se puede comparar en cierto modo con lo que son en música la *Luisa* de Charpentier, ó, quizá mejor, la *Sinfonía doméstica* del poderoso Ricardo Strauss.

La postrer colección poética de Jammes, *Clairières dans le Ciel* (1906), compónese de un poema en tercetos, *En Dieu*, consagrado á la virgen Eugenia de Guérin; de una serie titulada *Tristesses*, notas llenas de un sentimiento matizado; de un poema en diálogo, *Le Poète et sa femme*, seguido de varias poesías y de *L'Eglise habillée de feuilles*, monólogo místico, hecho de contemplación y de plegaria, libro de fe y amor: la naturaleza ha llevado al poeta hasta el trono de Dios; el fauno, como en las historias de santos, se ha bautizado, y hace sonar bajo las frondas que visten la iglesia humilde, ante las luces que tiemblan en el altar de la Virgen María, las rústicas tonadas de su flauta pastoril, con ardor de neófito, como en ofrenda de todo lo que conoció y amó en su vida pasada.

Porque Jammes es creyente. No ha sido la suya una conversión pregonada á bombo y platillos y traducida en un aumento de tirada para sus libros; ha sido, sencillamente, una vuelta á las prácticas religiosas que ha dado mayor suavidad á sus acentos de poeta y una trascendencia mayor á su concepción del mundo externo. Poesías sueltas, publicadas después en varias revistas, muéstranle tranquilo de ánimo, sensible á lo menudo de los seres, que se le da



como gigantesca representación de un Poder sumo.

Características de la poesía de Jammes son una refinada sensibilidad que le hace encontrar nuevas analogías entre seres y cosas, al parecer con cierta incoherencia, y un delicioso humorismo que se manifiesta hasta en su manera de emplear las palabras, que no es la corriente y que basta para darles fisonomía distinta de la que por costumbre hemos visto en ellas. Pero siempre su humorismo va aparejado con la ternura, como en la poesía que sigue:

Junto al cesto de huevos el almanaque lee
la niña. En él, á más de santos y de fiestas
y del tiempo que hará, puede ver los celestes
signos: Carnero, Toro, Cabra, Peces, etcétera.

Así piensa, como es una niña del campo,
que en las constelaciones, tan brillantes, tan altas,
hay mercados iguales á los de aquí, con asnos,
con carneros, con toros, con peces y con cabras.

Sin duda es el mercado del cielo lo que lee.
Y si en el signo Libra la página da vuelta,
piensa que allá en el cielo, como en la tienda, deben
pesar también la sal, el café y las conciencias.

Delicado y sensual, lleno de piedad y
de amor más que para los hombres, para
las cosas, para los vegetales y las bes-
tias, interésanle, sobre todo, en los seres

humanos las almas indecisas de las muchachas, al despertar de su curiosidad frente á la grandeza de la vida ignorada. Las tres novelas comprendidas en este tomo, tratan de descubrir alguno de esos pliegues recónditos de psicología, de esos casi inaccesibles estados de alma. Clara de Ellébeuse y Almáida de Eremont encuéntranse ante el mismo problema, pero mientras Clara de Ellébeuse, cavilosa é imaginativa, encuentra la muerte como solución, Almáida, la apasionada, en la satisfacción de su apetito de amor halla la clave del enigma. Manzana de Anís es una tímida é inocente criatura, que no vacila en sacrificar á un escrúpulo de amistad toda su ventura posible.

De *Clara de Ellébeuse*, publicada en 1890, pudo escribir Rachilde con exquisita penetración estas palabras: «Novelita, iluminada toda por una tierna luz provinciana, tan pura, tan finamente cernida sobre los contornos de esta artificiosa silueta de mujer de ensueño que más se la tomaría por pintura al pastel que por criatura viviente; pero ha vivido, no hay que dudarlo, la niña rara, y para consuelo de habernos codeado con las semi-virgenes ó las *feministas* de nuestra época, Clara muere de haber recibido un beso y de sentir... en su alma la preñez de un

amor. Los detalles de este cuentecillo son exquisitos todos, pero no son perversos ni exagerados. Francis Jammes hace lucir cuanto toca. Tiene el don de originalidad que da vida duradera y el de la elección entre las palabras justas de más propia expresión. *Clara de Ellébeuse* es una pequeñísima novela, pero de esta novelita se puede decir que es el compendio mismo de cuanto contiene el romanticismo y ha de contener una historia, falsa ó verdadera. Nada falta ni sobra. Es una obra perfecta.»

En *Clara de Ellébeuse* ofrece un aspecto muy típico de la personalidad de Francis Jammes. En esta novela, como en muchas de sus poesías, hay un elemento exótico que se explica por una circunstancia familiar. El abuelo del poeta, Juan Bautista Jammes, natural de Orthez, partió un día con rumbo á las Antillas francesas y ejerció en la Guadalupe su profesión de médico. En la Pointe-á-Pitre nació el padre de Francis Jammes, que fué enviado á la metrópoli para seguir estudios. No salió de Francia el padre del poeta, ni el poeta ha querido abandonar su rincón francés, agazapado—son palabras suyas—«entre un grano de arena: los Pirineos, y una gota de agua: el Atlántico.» Pero en su alma hay nostalgias de un trópico lejano, con guardias ma-

rinas que desnudan en sus camarotes á las hijas de los colonos, lánguidas criollas de ojos profundos; con frutas extrañas, de sabor dulcísimo y perfumes enervantes; con sombrillas y negros y desafíos; con vapores que se deslizan, majestuosos, por la noche colonial... Y este exotismo atávico es tan poderoso en él, que surge á cada momento en una escena, en una comparación, en una palabra de sílabas pastosas, como para moduladas por la boca roja de una mestiza apasionada.

Y su exotismo le lleva en ocasiones á un españolismo un poco á la francesa. Los personajes de *Manzana de Anís* son casi españoles. Unas deliciosas impresiones de Burgos, publicadas en *Le Figaro* y no reunidas aun en tomo, muestran una curiosa visión de la España religiosa, y, sobre Don Quijote, hay entre las *notas de Pensée des Jardins* ésta que traducimos á continuación:

«Se le puede uno imaginar en su bodega, sacando, con parsimonia, de un tonel agriamente enmohecido, sidra áspera y dura; ó bien, en una noche cálida, volviéndose y revolviéndose en una cama llena de pulgas; ó bien, bajo la imponente frondosidad de los bosques del noble Camacho, á la hora tórrida en que la boda no es más que un chirriar de cigarra.

»¡Maravilloso Cervantes! ¿No hay riquezas más que en los pobres? De igual modo que para descubrir la perla y el diamante, se ha de hurgar en la concha y en la ganga groseras, tenemos que ver, en este escondrijo roído de ratones, como se concretan, uno tras otro, Camila, Luscinda, Lotario, Anselmo, Cardenio. De este triste huerto que tiene pocos metros cuadrados, de esta árida y piojosa tierra de la Mancha, de este desierto arenoso que recorre el viajero, según dicen, sin encontrar nada que le regocije la vista, es de donde han brotado estas negras cascadas de verdor, estos parques abundosos en granadas, estos largos castillos de azur hundidos en la frescura hojosa de los torrentes. En esta posada dormiste tal vez ¡oh Cervantes! enfermo y desposeído, en esta posada fumosa, es en donde oíste cantar al gentilhombre disfrazado de mozo de mulas, y á la doncella gemir de amor al escucharla...

»Que Dios me dé tu fin ¡oh Don Quijote! porque quiero morir convenientemente. Quiero morir según los ritos católicos, después de una existencia de desvaríos más ó menos dolorosos. Quiero que la rama bendita de laurel adorne mi alcoba, que mi muerte sea sentida bastante, no demasiado, humanamente, de modo que los que me hayan

conocido mejor, evoquen con placer mi memoria.»

De los escritos en prosa de Francis Jammes, destácanse sus agudas y poéticas observaciones acerca de las plantas, recogidas muchas de ellas en el libro últimamente citado, y algunas también á lo largo de *Manzana de Anís*. Y entre todos, otra novela suya, *Le Roman du Lièvre* (1903) muestra su seráfico amor á los animales. El poeta que cantó á los asnos, al humildemente glorioso del Domingo de Ramos, al de Beatriz, al de Sancho Panza, cuenta la extraordinaria aventura de Liebre. Llevado por San Francisco de Asís al Paraíso de Dios, Liebre no se encuentra á gusto. Echa de menos los surcos llenos de barro, el aire del valle natal estremecido por el son de la trompa de caza, ¡echa de menos su miedo, su terror! Y sin ellos no puede vivir.

¿No hay en esto una grandeza semejante á la de aquel episodio indio, la más sublime historia de amor humano que se haya escrito jamás? Todos los inmortales pretenden á una hermosa mortal y se presentan á sus ojos con la apariencia corpórea del humano por ella querido; pero ella sabe hallarle y le prefiere entre todos, porque los cuer-

pos de los inmortales resplandecen terrosos y el de su amado, hermoso como ellos, muestra el sudor, el cansancio, los estigmas de la condición humana. Este buen Liebre que sólo en su condición de liebre podría vivir, al reclamar su miedo como una de sus cualidades de esencia, se levanta hasta el heroísmo.

* * *

Francis Jammes es uno de los raros artistas que, al descubrir aspectos y relaciones de las cosas, han alcanzado la originalidad más preciada, la que crea ó transforma una sensibilidad. No le faltan maestros ni los discípulos le escasean; pero lo que de aquellos ha tomado y lo que á éstos ha trasmitido es lo exterior, lo que á todos pertenece. En la nueva literatura francesa, la huella de su influjo se advierte en mayor medida quizá que la de otros maestros. En España también ha influido, pero el público no le conoce.

Lector: desde las páginas de este libro, tres encantadoras muchachas te sonríen, con sonrisa que tiene algo de dolor. Que sus historias te conmuevan, deleitándote, como un día deleitaron y conmovieron al que hoy se atreve á presentártelas en tu idioma.

E. Díez-CANEDO

CLARA DE ELLÉBEUSE
Ó LA HISTORIA DE UNA MUJER DE ANTAÑO